

1

LA ISLA PARECÍA HABER QUERIDO conservar los colores y olores de mi infancia. Un pegajoso atardecer de agosto un día antes de cumplir treinta años, La Habana seguía evocándome la misma ciudad pausada en el tiempo, inabarcable, que poblaba los recuerdos de mi niñez, pero el punto de vista desde el que la contemplaba ahora era distinto, como una cámara emplazada en otro ángulo. Todo —el aeropuerto, las calles, los edificios o incluso los Oldsmobiles o Chevrolets antiguos— me parecía más pequeño. Los agentes de inmigración, en su mayoría chicas jóvenes con falda exageradamente corta, habían perdido esa severidad que años atrás ponía a mi madre de los nervios, pero a la vez en algún sitio se habían dejado parte de la irreverente alegría de vivir que a mí y a mi hermana nos contagiaba nada más poner un pie en la isla.

Apenas podía seguir la conversación de cortesía algo forzada de la funcionaria de la embajada que me vino a recoger, de nombre Magdalena de Lavaca («así, todo junto, aunque todos me llaman Magda», me dijo). Me había reconocido enseguida, «no fue difícil, consejero», siendo el único en toda la sala del aeropuerto que llevaba *saco*, entre el caos de familiares, taxistas, representantes de agencias de viaje y buscavidas que se arracimaban tras la puerta automática de la salida. Desde la ventanilla del todo terreno conducido por un imponente moreno con pinta de *seguroso* —ignoraba si se seguía utilizando esa palabra para referirse a los agentes del ministerio del Interior que tanto respeto y cierta rabia infundían en mamá,

o ni siquiera si existían aún—, miraba la ciudad como quien intenta recomponer un sueño. Mientras Magdalena iba recitando detalles sobre mi instalación, yo trataba de orientarme por unas anchas y demacradas calles que parecían trazar demasiada ciudad para tan pocos coches. Era como si alguien hubiera macabramente invertido todas las avenidas, casas y parques para situarlas literalmente al revés de cómo las recordaba. Pero el olor a decrepitud, a fritura, a mar y a trópico era exactamente, fascinantemente el mismo. Bajé la ventanilla para aspirar infancia a pesar de la advertencia del conductor, «llevamos el aire puesto, señor consejero, y afuera hace un calor del carajo, ¿*veldá Madda?*», y pude comprobar que los ruidos tampoco habían cambiado.

Magdalena, Magda, era bajita y gruesa, con el pelo corto teñido de un rubio platino, la piel tostada por años en el Caribe, diligente pero no demasiado implicada, como quien realiza una tarea antigua, repetida mecánicamente con los años, con profesionalidad ni afectada ni indolente. Me dejó en la recepción de un hotel de una cadena española tras ayudarme con el *check in*, dirigiéndose al personal con acento habanero (*comoconunapapanlaboca*, bromeaba siempre mi padre). El *lobby* era espacioso, impersonal pero agradable, lleno de amplios sillones donde se mezclaban cubanos en busca de Internet para sus celulares con turistas despistados, como si hubieran viajado a un país cualquiera con sol, playa y ron, o tal vez atraídos por la imaginación de un mundo que ya no existía o que nunca existió, consultando sus teléfonos móviles para asegurarse de que seguían conectados a su propia lejana realidad.

Tras la despedida de Magda, subí a mi habitación del cuarto piso acompañado del maletero, un mulato altísimo, rapado, de fuerte complexión y dentadura perfecta, con un uniforme como de banda musical que me pareció ridículo. Me hacía las preguntas de rigor acerca del viaje y los días que iba a pasar en Cuba. Me hice pasar por un turista, aunque le extrañaron las cuatro maletas y mis bultos de mano, si bien seguro que

en el hotel ya me tenían más que fichado como el nuevo diplomático de la embajada, tal vez incluso con las correspondientes medidas de seguridad aplicables al caso: custodio en el piso, teléfonos pinchados, micros y quién sabe si cámaras. Sí, seguro que cámaras también, siendo hijo de cubana y de un ex-embajador había que tenerme controlado aún más de lo normal, pensé con cierta paranoia. Le di cinco dólares de propina, y por su cara comprendí que esperaba eso, ni más ni menos. No pude evitar mi vieja manía de calcular lo que debe de ganar la gente. Cincuenta, como mucho cien *ceucés* de salario básico más, con algo de suerte, otros doscientos al mes en propinas. Trescientos dólares: una verdadera fortuna en un país donde el salario medio rondaría los veinticinco CUCs mensuales. Seguramente el muchacho había estudiado una carrera universitaria, odontología o fisioterapia, imaginé, pero solo el trabajo en un hotel, descartada la emigración al *Norte Brutal y Revuelto* (sonreí para mí al recordar la ironía con que mamá utilizaba esa expresión), le permitía mantener con cierta dignidad a su mujer y a por lo menos dos hijos a pesar de su juventud, y quién sabe si le sobraría algo para correrse sus juergas y salir de vez en cuando con esa mulatita de la recepción de anchas caderas y chispa en los ojos.

En el vestíbulo de la habitación con vistas al Malecón, con el mar que quería traer la noche casi de súbito como únicamente aparece en el Caribe, me sentí irremisiblemente solo. La insulsa habitación donde iba a pasar las próximas semanas de mi vida hasta que encontrara una casa se me caía encima, al igual que toda la mole del hotel raído por la humedad y huérfano de mantenimiento. Sentado al borde de la cama, la ciudad, la isla y el océano trataban de dejarme claro que estaba atrapado en mi propio destino.

No sabía a qué atribuir ese portazo de soledad, si a la nostalgia de mis vacaciones infantiles en Cuba, a la anunciada decepción de que nada habría cambiado mucho, confirmada tras mis conjeturas sobre el maletero mulato, o a la sombría perspec-

tiva de los años que me quedaban por delante ante un trabajo insustancial, tantas veces despreciado y que no me producía mucho estímulo más allá de la nómina a finales de mes.

Sentí añoranza no sé muy bien de qué, tal vez de la propia morriña por su tierra que había acompañado siempre a mi madre, una melancolía que ni siquiera los viajes para visitar a la familia un par de veces al año, como mucho, pudieron paliar del todo, y que se instaló como una especie de arruga crónica en su corazón y su sonrisa al morir los abuelos. Añoranza de mi padre quizás, por pensar cuántas veces habría abrigado en su propia alma esa misma soledad a lo largo de su carrera, casi un destierro, agravado por el enorme peso que siempre había acarreado por su estricto sentido de responsabilidad del buen padre de familia. De mi hermana también, de su alegría que todo lo contagia y que mamá siempre atribuyó a su sangre cubana, a pesar de que, o precisamente porque, nació en Miami. De mis amigos también, esparcidos por medio mundo, y por supuesto de Paola, aunque sabía muy bien que no estaba enamorado de ella. Me había entristecido dejarla atrás, pero ambos habíamos tenido claro que ninguno de los dos éramos el amor de nuestras vidas. Nos habíamos divertido, nos habíamos respetado y en cierta manera nos habíamos querido, sin grandes aspavientos ni promesas, conscientes de que debíamos disfrutar de nuestro tiempo juntos precisamente porque tenía fecha de caducidad. Ya el año en que estuve opositando me fui alejando de ella, el tiempo que me consumía el estudio me sirvió de excusa para ir sacándola lentamente del trocito de mi vida que le había permitido ocupar. Ningún reproche, ni mucho menos ninguna escena, tan solo ese agradecimiento agridulce, esa nostalgia adelantada a que saben las despedidas que intuimos definitivas.

Decidí escapar de la habitación tratando de vencer al abatimiento. Tras guardar el ordenador portátil y el dinero en la caja de seguridad con los cuatro dígitos de siempre, colgar los trajes y cambiarme los zapatos, agarré el móvil y el flamante

pasaporte diplomático y bajé al *lobby* del hotel. Dudé de si quedarme a tomar una copa en el bar del enorme vestíbulo, lleno de turistas en bermudas y camisas floreadas, hombres de negocios americanos y mujeres espectacularmente provocativas, de todos los colores, edades y tamaños, con menos ropa de lo que pudiera parecer adecuado a pesar del calor, y cuyo vívido maquillaje no podía ocultar cierta tristeza en el rostro. Me senté un rato en un sillón para tratar de decidirme, y al poco se me acercó una chica alta, con un conjunto azul de falda y top, estampado de enormes cerezas que resaltaban su esbelta figura. Luciendo una melena morena muy rizada, llevaba unas gafas de sol desmedidas, como exagerado era su carmín y su gesto de dejar la lengua entre los dientes después de cada tres palabras. «¿Estás solo, mi amor?», me preguntó retóricamente. «¿Me invitas a algo?». Me quedé mirándola y era realmente hermosa, pero enseguida pensé que no me apetecía quedarme al alcance de ninguna *jinetera* (al menos no en mi primer día, al menos no en la víspera de mi trigésimo cumpleaños) y, tras una torpe y ridícula disculpa, me zambullí en el atardecer al fresco del Malecón, mientras la muchacha parecía decirme con su mirada y sus caderas que yo me lo perdía, «mi *amol*».

La brisa salada del océano y los aromas de La Habana sustituyeron la pesadumbre por el suave letargo de los trópicos. El Malecón y el mar algo agitado fueron seduciéndome, despacito. Las olas rompían contra las rocas y el muro, cuyas piedras guardaban el recuerdo de un sol que se sumergía sumiso en el agua, aterciopelando de naranjas y morados el horizonte, con la pleitesía de unos solitarios botes, asegurándose un día más que nada había cambiado en sus inmensos dominios.

Jóvenes parejas, familias con niños, pescadores mal perrechados o almas solitarias aspiraban el espectáculo intentando aprehender tanta belleza y tanto misterio. La oscuridad que se desplegaba de repente seguía siendo el rasgo del crepúsculo cubano, una densa y húmeda negrura solo retada

por una luna tímida en cuarto creciente y rasgada por los faros largos de algunos coches (debería empezar a llamarlos carros, como mi madre). Me acordé de que mi padre siempre se quejó de que en los trópicos los conductores apenas sabían distinguir entre luces largas y cortas, deslumbrando a peatones y a otros carros que desfilaban cual lentas luciérnagas por las carreteras casi desiertas de la isla, confundiéndose con la noche.

La noche de mi vuelta a Cuba, el sonido de las olas y el zigzagado por las calles de La Habana me devolvieron algo de ánimo. Los hedores a humanidad y a salobre me despertaban la memoria a la vez que me reafirmaban cierta fe en la civilización. Traté de absorber la noche que poco a poco parecía querer llevar mis recuerdos veintitantos años atrás, la última vez que, calculaba, había estado en la isla. Intenté escudriñar las imágenes borrosas que se entremezclan y confunden con historias contadas en nuestras cabezas. Me desazonaba constatar que mi único vínculo con esas calles y ese mar, los abuelos, hacía tiempo que no eran más que fotos y anécdotas del álbum familiar.

Del abuelo apenas guardo recuerdos fugaces. Mi hermana pequeña no lo conoció. Y sin embargo el abuelito siempre estuvo presente en nuestras vidas. Mi madre, incluso tal vez más mi padre, nos hablaban de él con un cariño reverencial, como un hombre recio, íntegro, de fuerte carácter pero amante y protector de los suyos. «Si el abuelo estuviera aquí», «si el abuelo te oyera», «cuando el abuelito decía [...]». Aprendimos a amar su omnipresente recuerdo más que otra cosa. Más que su cara, tengo grabada en mi oído su voz grave, como de locutor de radio, como de alguien que ha dejado de fumar años atrás. Suena muy adentro en mi memoria sin esa potencia armónica de la voz de Leonard Cohen, sino más bien el desgarró de Chavela Vargas, pero aún más masculino. Lo sigo viendo, imaginando tal vez, como un gigante, fuerte y poderoso, de grandes orejas y con poblado bigote blanco, pero sin cabello. Mi madre lo recuerda siempre calvo, y en la foto de

boda de mis abuelos que conservo, su elegante y joven porte de guapo oficial en su traje de gala contrasta con su más que incipiente calvicie.

Después de morir el abuelo seguimos yendo a Cuba a visitar a la abuelita en su casa de Santiago, o a nuestros tíos en La Habana, hasta que poco a poco ya no quedó nadie de la familia en la isla. Con mi hermana nos sentíamos sobre todo libres (a mi padre le parecía del todo irónico que encontráramos esa sensación precisamente en este país), pues podíamos andar de un lado a otro con total tranquilidad. Mi madre, mi abuela y mis tías se pasaban el día recibiendo visitas de incontables amigos o vecinos, se enganchaban horas al teléfono o hacían planes que se iban a cumplir *ahorita*, mientras nosotros, casi olvidados por los adultos, descalzos y semidesnudos, hacíamos lo que nos venía en gana. Cuba era, por encima de todo, el lugar del mundo donde sentíamos con más fuerza que el tiempo, simplemente, apenas pasaba.

De vuelta al hotel, trataba de convencerme de que dos o tres años iban a pasar rápido, sobre todo si conseguía evadirme lo máximo posible de un trabajo que intuía tedioso y me concentraba en lo que me parecía entonces el mayor espectáculo que ofrecía el país: mujeres y hombres dando lecciones diarias de felicidad a pesar de las adversidades. Sensualidad, música y ritmo en cada esquina o balcón. Esa alegría de vivir que siempre fue la marca de mi madre, y que mi hermana heredó frente a la racionalidad melancólica que yo saqué de mi padre. Sí, al fin y al cabo me iban a hacer bien esos años de vivir entre la *gozadera* para ver si algo se me pegaba.